

EDITORIAL

Existe en Argentina una orquesta nacional de ciegos. Todos los integrantes son ciegos, no pueden ver, los límites físicos y biológicos les impiden percibir las apariencias, lo evidente, lo perceptible a la mirada. Sin embargo, cuando suman sus peculiaridades e intentan lo imposible, ellos producen belleza, armonía, sinfonía. Es milagroso y produce esperanza, que existan quienes trascienden su ceguera y puedan percibir lo fundamental, ver lo que otros no ven, actualizar con su existencia, lo inédito.



Hace algunos días retomé el libro de José Saramago: "Ensayo sobre la ceguera" y la verdad, me resisto a creer, a pesar de las evidencias, que una ceguera, como la que se describe en el libro, tan extraña, colectiva e incurable sea posible. Todas nosotras/os, las religiosas y los religiosos de este continente, observamos los noticieros, navegamos por las redes, caminamos desprevenidos por las calles, permitimos que nos habite el grito enmudecido de las más pequeñas/os, frágiles y sufrientes de nuestra historia y nos resistimos.

Sí, nos resistimos a creer que el corazón humano pueda endurecerse al punto de la crueldad y la inclemencia; nos resistimos a las cifras e indicadores que hablan del enriquecimiento de unos y de la pobreza extrema de otros. A las fronteras que inventamos y a este empeño por marcar diferencias de etnias, lenguas y color. Nos resistimos a la exclusión, al desplazamiento y a la barbarie, a la xenofobia y a la discriminación; a la crueldad de las brechas sociales de nuestro mundo; al daño permanente que le hacemos al planeta, amparados en la idolatría del individualismo, del consumo y de la ambición. Nos resistimos a que la vida se desgaste entre humo y rutina; a los excesos que desvirtúan la dignidad humana y a que proclamemos como relativo, lo que sencillamente es absoluto y no puede negociarse porque es vital. Nos resistimos a la indiferencia y a los castillos de cristal que inventamos para encubrir nuestro miedo al compromiso y la incapacidad de salir de nuestras comodidades y costumbres.

Y nos resistimos por simple fe en la vida, por confianza extrema en el poder de lo pequeño, porque aún nos sobrecoge la belleza, la ternura y lo plenamente humano nos desborda. Nos resistimos por fe en Jesucristo, porque tenemos la certeza de que Él sigue llamando y que la única posibilidad que tenemos es "levantarnos", emprender el camino y asumir la existencia con sentido.

La ceguera parece ser un mal colectivo, un mal de nuestro siglo. Estamos ante lo que Morin llama: "El festival de incertidumbres"¹. Estamos ante un mundo atravesado por la crisis y en las crisis, según él, siempre emergen dos procesos aparentemente contradictorios: de un lado se estimula la creatividad, el ingenio, la búsqueda de soluciones nuevas. De otro, puede existir un retorno a la estabilidad del pasado o la adhesión a una salvación providencial o la denuncia y la inmolación de un culpable.

En este hoy de nuestra historia, en esta noche prolongada de nuestro mundo, todos corremos el riesgo de no ver lo humano, solo sombras. Esas sombras de un mundo cerrado, de las que nos habla el papa Francisco en *Fratelli Tutti*. Por eso, ante un mundo habitado por una crisis de la que no estamos exentos, nos hace bien, al ritmo del Espíritu, unirnos para surcar juntas/os la noche, para agudizar la mirada e intentar ver más allá de los nichos de confort o de los muros en los que nos lamentamos escépticos y pesimistas. Ver como un acto de osadía y de fe.

Esta edición de la Revista de la CLAR, nos sumerge por los senderos de la sinodalidad. Si algo le propone este itinerario sinodal a la Vida Religiosa, es que no aplace la necesidad y la posibilidad de discernir. La Conversación en el Espíritu o cualquier otro método que nos conduzca a este fin, se constituye en la posibilidad de ver más allá, de ver lo que otras/os no ven, de salir de nuestras zonas de confort, para preguntarnos decididos por la Voluntad de Dios. Esa es la clave, reconocer sinceramente aquello que Dios quiere de nosotras/os. Y eso siempre trasciende lo Institucional, en ocasiones lo supone, pero siempre lo trasciende, porque el horizonte de sentido es el Reino y no la miope geografía de nuestra parcela, por muy bella, histórica y fecunda que sea.

Por eso, la clave es discernir: es decir, cernir las mociones, con inteligencia espiritual y los pies anclados en la realidad, para desentrañar cómo nos trabaja Dios, qué espera, cómo y dónde nos quiere, desde que lógicas y criterios. Conjuguar la atención a la realidad, en la que Dios acontece, con respuestas audaces, innovadoras y por sobre todo evangélicas.

Algo nuevo nace, justo cuando algo escasea en nuestra Iglesia y en nuestra sociedad. En esta hora en la que muchos de nuestros liderazgos son frágiles y utilitaristas; las democracias débiles y tentadas de polarización, la comunicación manipulada y dispersa... En esta hora en la que las fronteras son relativas y las xenofobias recalcitrantes, cuando la condición de muchas/os es la migración, a otras/os los aturde la guerra

¹ Morin, "Festival de las Incertidumbres". Publicado el 21 de abril de 2020 en la serie *Tracts de crise* de ediciones Gallimard con el número 54.

y en las esquinas de nuestras ciudades se comercializa con la dignidad humana. Justo en esta hora, se nos invita a nuevos modos relacionales, a la "sinodalidad", al ágora, al lugar de lo comunitario, a la mística del nosotras/os, a la sinfonía de lo común. El fluir de la historia nos despierta de nuestros cómodos letargos, nos moviliza y nos exige acercarnos cristianamente, humanamente a una realidad, que, por compleja, está ávida de misericordia. Y este clamor nos lanza a una decisión movilizadora: "Sólo la escucha conduce a la conversión"² y por eso, las respuestas a las que nos conduzca el Espíritu en este *kairos* eclesial, deben brotar de la pasión por Jesucristo, que no es otra cosa que pasión por la humanidad.

En esta coyuntura histórica no hay lugar para la pasividad, todos nuestros esfuerzos por evangelizar, hacer comunidad, tejer redes y evidenciar con obras la solidaridad de la Iglesia, deben estar al servicio del bien común, de la construcción del "nosotros eclesial". No cabe el mezquino individualismo, ni la búsqueda desenfrenada del bien particular, ni el empeño por achicarnos o dejar sola a nuestra gente aturridos por el miedo al futuro. La pasión por Jesús se traduce en pasión por el pueblo, por eso, evangelizar, será hoy más que nunca humanizar. Debemos asumir sin resistencias, que la misión evangelizadora de la Iglesia implica y exige una promoción integral de cada ser humano y ello requiere que estemos en los territorios. El Documento Final del Sínodo nos recuerda cual es nuestra misión: "*La Vida Consagrada está llamada a interpelar a la Iglesia y a la sociedad con su voz profética...*"³. Somos misión, somos mística y profecía, esa es nuestra identidad, no hay escapatoria.

La Vida Religiosa frágil, en las periferias, en las fronteras, en los contextos en los que se hace más árido el anuncio, será siempre signo de esperanza... Será profética y por lo tanto buena noticia para los excluidos de la historia. Somos herederos de un patrimonio que constituye nuestro ser y del cual somos responsables. Tenemos que ser pioneros en una historia, la nuestra, que se estrena cada día y nos necesita centradas/os en Jesús, en lo fundamental, capaces de hacer camino con otras/os, en compañía; osadas/os y creativas/os para las preguntas y las respuestas.

Estamos llamadas/os a no amar de palabra y de boca, sino de verdad y con obras» (1 Jn 3,18). Estas palabras del apóstol Juan expresan un imperativo que ningún cristiano puede ignorar. El amor no admite excusas: el que quiere amar como Jesús amó, ha de hacer suyo su ejemplo; especialmente cuando se trata de amar a los pobres. Ojalá que en esta

² Iglesia Católica, "Documento Final del Sínodo de La Amazonía".

³ Iglesia Católica, "Documento Final del Sínodo: Por una Iglesia sinodal: Comunión, participación y misión" 65.

Semana Santa que se aproxima, podamos actualizar esa opción y crecer en deseos de tener un corazón semejante al de Jesús.

Al llegar al final de esta Editorial, vuelvo a pensar en la Orquesta Nacional de Ciegos de Argentina, y traigo a mi memoria la certeza transversal del libro: Ensayo sobre la ceguera: "la esperanza y la resistencia son fundamentales para sobrevivir y encontrar un sentido en la adversidad". En la trama del libro, a pesar de las dificultades, los personajes luchan por su supervivencia y encuentran formas de mantener la esperanza. Me parece que esta es una buena invitación para nosotras/os en tiempos de adversidad, sobre todo porque ya sabemos bien que la noche, que la crisis no son para la Vida Consagrada una metáfora, sino la experiencia en la que se purifica, se renueva y se potencia la mirada para volver a lo fundamental, a lo que no se ve a simple vista, a lo que exige ver más allá y con otras/os entonar la mejor melodía, la sinfonía sinodal. Definitivamente *"la ceguera no es lo que nos impide ver, es lo que nos impide comprender"*. Para que exista sinfonía sinodal y se actualicen los nuevos caminos, la clave está en comprender. Y hoy más que nunca, en comprender el sentido profundo de la esperanza cristiana, el cual creo yo, que nos lo recuerda con claridad Paulo Freire:

Es preciso tener esperanza, pero tener esperanza del verbo esperar, porque hay gente que tiene esperanza del verbo esperar.

Y la esperanza del verbo esperar no es esperanza, es espera. Esperanza es levantarse, esperar es perseguir algo, esperar es construir, esperar es no desistir. Esperanza es avanzar, es juntarse con otros para hacer las cosas de otro modo.

Es preciso reinventar el mundo, buscar su belleza. Belleza que pasa por nuestra capacidad de imaginar, de crear, de actuar, de transgredir... de comprometernos con la existencia humana, alimentados aquí por la esperanza.

A quienes han hecho posible con su reflexión, esta edición de la Revista de la CLAR, muchas gracias.